

Miércoles V del TO Ciclo B



7 de febrero de 2024

1Re 10, 1-10

Sal 36

Mc 7, 14-23

P. Eduardo Suanzes, msps

El texto del Evangelio de hoy es continuación del de ayer: es su segunda parte. Ahora, convoca a la gente, son ya ellos su auditorio, no los letrados y fariseos¹.

Jesús enuncia su principio, diametralmente opuesto a la doctrina que enseñan los letrados y siguen los fariseos: «*Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre*». Es una afirmación inquietante, pasmosa, totalmente subversiva y escandalosa. Establece lo que de verdad aleja al hombre de Dios, marcando una discontinuidad abismal con relación a lo que se prescribía en el Antiguo Testamento y en el judaísmo de su tiempo, imbuidos en las leyes alimentarias del Pentateuco², transmitidas de generación en generación, y que, aún hoy constituyen una seña de identidad de los judíos actuales. Jesús elimina una de las principales líneas divisorias y barreras que separaban a los judíos del mundo gentil, que amenazaba con absorberlos. Estaba echando por tierra un elemento clave de la Ley mosaica, lo que podía poner en peligro la misma existencia del pueblo judío como un grupo religioso étnico distinto, pues una de las cosas que lo que lo diferenciaba de los pueblo vecinos eran, precisamente, sus leyes relativas a los alimentos.

Como se ha dicho, en el lenguaje religioso, lo «profano» es lo que está fuera del ámbito de lo divino o, en otras palabras, lo que está lejos de Dios, aquello por lo que él no se interesa y queda al arbitrio de los hombres. Para los fariseos, estaban lejos de Dios y fuera de su ámbito todos los que no pertenecían a Israel, «el pueblo santo o consagrado», en particular los paganos, pero también los que, dentro de Israel, no se mantenían en el favor divino mediante la estricta observancia de la Ley, como decíamos ayer.

Jesús expone el nuevo principio afirmando que lo que aleja al hombre de Dios no es lo exterior. El mundo exterior no se presenta como enemigo del ser humano o como peligro para su relación con Dios; no es profano ni transmisor de impureza. Dios se interesa por todo lo que ha creado, especialmente por el ser humano.

Lo que Jesús afirma es que es el hombre mismo quien puede alejarse de Dios. Las cosas no son puras o impuras, agradables o desagradables a Dios, sólo las personas según su disposición interior. Lo creado, lo que existe, no es profano ni sucio, pero el hombre, desde su interior, puede crear lo profano, lo sucio, lo manchado.

¹ MEHIER, JOHN. *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. T. IV.* Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) 2013

² Lv 11, Dt14

Después se separa de la multitud, porque la gente ha entendido perfectamente lo que Jesús les ha dicho, no necesitando de ulterior explicaciones. Son los discípulos, por el contrario, los que no han entendido³; es más, califican el dicho de Jesús de parábola, de enigma. Jesús no ha propuesto, sin embargo, una parábola; ni un enigma: «*Escúchenme todos y entiendan*» había dicho. Los discípulos debían haber entendido sin dificultad. Pero no ha sido así, porque no han captado aún el secreto del reinado de Dios, su amor a toda la humanidad.

Ellos no comprenden, no porque el dicho de Jesús fuera oscuro, sino porque no pueden creer que signifique lo que dicen sus palabras. Han aceptado que dentro del pueblo no hay discriminación, pero la supresión total de lo profano/impuro les resulta excesiva. Si no hay alimentos que puedan separar de Dios, desaparece una decisiva señal de identidad del pueblo judío, y se pone en el mismo nivel a todos los pueblos. Es decir, no solamente suprime Jesús la discriminación dentro de Israel, sino también la separación que la Ley de Moisés había establecido respecto a los pueblos paganos. Demasiado.

Para Jesús el corazón humano es una fuente de lo que puede fluir lo bueno o lo malo. Es la sede consciente de los comportamientos humanos. Ahí es donde se sitúa el *quid* de la cuestión; ahí es donde se deciden las batallas. Es decir, según estos dichos de Jesús, las distinciones entre puro/impuro o profano/sacro no proceden de Dios; la impureza o profanidad nace de la mala relación con los demás hombres. Dios no ha creado esas distinciones, es el hombre el que las causa con su conducta. Lo que aleja de Dios es hacerse daño a uno mismo o hacerlo a otros.

Libera así Jesús de los preceptos esclavizantes de la antigua Ley, pone como criterio de la cercanía a Dios el amor al prójimo y derriba la barrera entre judíos y paganos, condición para la creación de una humanidad nueva y fraterna.

³ Es sorprendente cómo esta enseñanza de Jesús fue inmediatamente olvidada por sus seguidores, pues en los Hechos de los Apóstoles se describe cómo la Iglesia de la primera generación cristiana estaba enzarzada en agrias disputas internas respecto a si los gentiles convertidos (y no digamos los cristianos judíos) debían observar las leyes sobre los alimentos, sin que ninguna de las partes enfrentadas se remitiesen a esta enseñanza de Jesús. Es asombroso.